

manes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo, y agora, por el extraño rodeo que habeis visto, he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dijo Sancho:—Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dijo:—Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento:—Vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinado el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron; y mandó luego ahorcar de la entena á los dos Turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentía habia sido la suya. Hizo el general lo que el virey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre heleda. Procuraron luego dar traza de sacar á Don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenia. Diéronse muchos medios, pero ninguno fué tal como el que dió el renegado Español, que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño, de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabia dónde, cómo y cuando podia y debia desembarcar; y asimesmo no ignoraba la casa donde Don Gaspar quedaba. Dudaron el General y el Virey el fiarse del renegado, ni confiar dél los cristianos que habian de bogar el remo. Fióle Ana Félix, y Ricote su padre dijo, que salia á dar el rescate de los cristianos, si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer, se desembarcó el Virey, y Don Antonio Moreno se llevó consigo á la Morisca y á su padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo. Tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

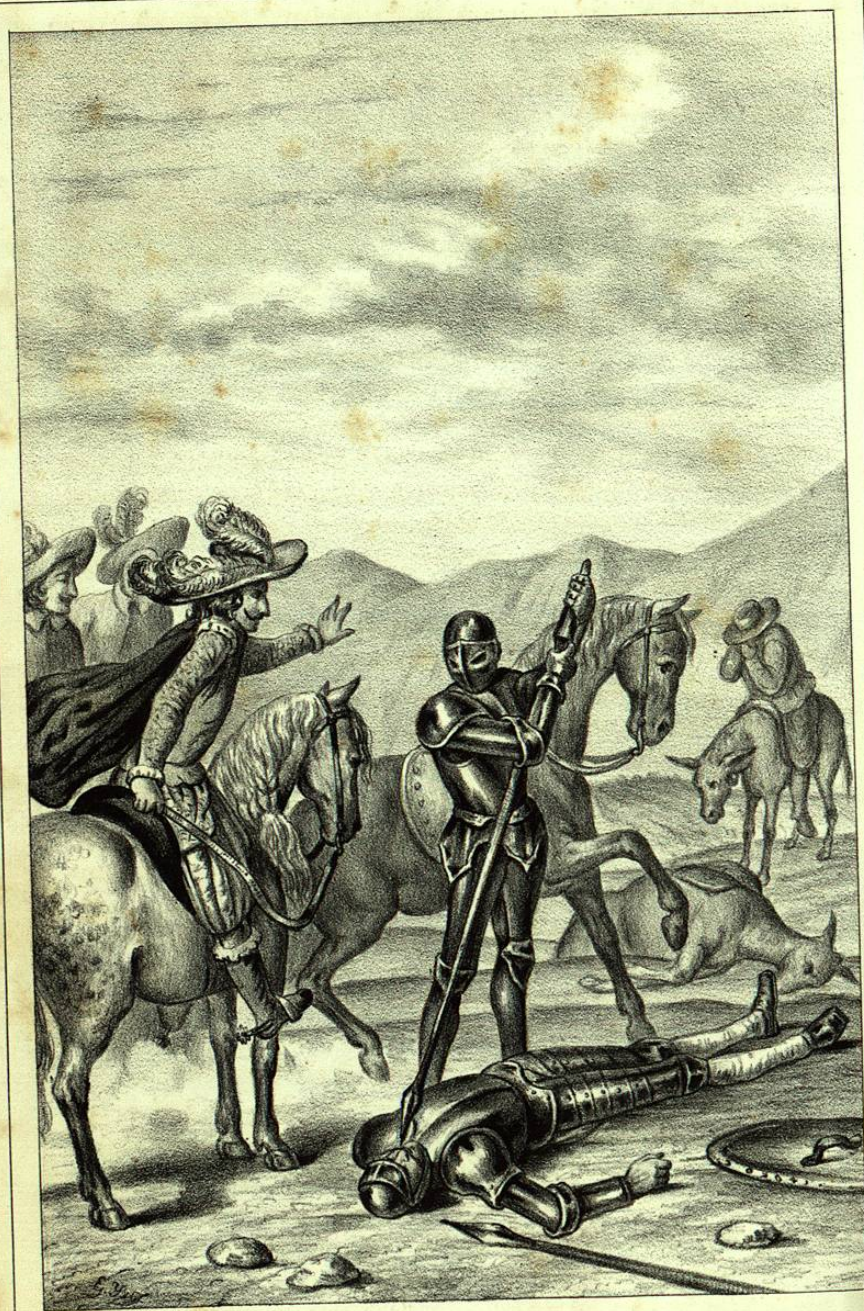


CAPÍTULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entonces le habian sucedido.

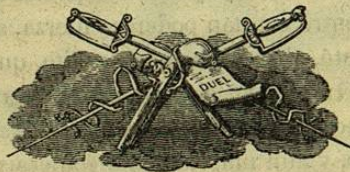
LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era estremada la Morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dijo Don Quijote á Don Antonio, que el parecer que habian tomado en la libertad de Don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda la Morisma, como habia hecho Don Gaiséros á su esposa Melisendra.—Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor Don Gaiséros sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á Don Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio.—Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió Don Quijote, pues llegando el barco á la marina, nos podremos embarcar en él aunque todo el mundo lo impida.—Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas.—Don Antonio dijo que, si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el espediente de que el gran Don Quijote pasase en Berbería. De allí á dos dias partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el General al Visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de Don Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el Visorey de hacerlo así, como se lo pedia,

y una mañana, saliendo Don Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero armado asimesmo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada una luna resplandeciente, el cual llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á Don Quijote, dijo:—Insigne caballero, y jamas, como se debe, alabado Don Quijote de la Mancha, yo soy *El Caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulciuea del Toboso, la cual verdad si tú la confiesas de llano en llano, escusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela, y si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfaccion sino que, dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma: y si tú me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despejos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio. Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademan severo le respondió:—Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamas habeis visto á la ilustre Dulcinea, que si visto la hubiérades, yo sé que procurarades no poner os en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y así no diciéndos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido aceto vuestro desafio, y luego, porque no se pase el día que traeis determinado, y solo esceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mias me contento, tales cuáles ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mesmo, y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blan-



ca Luna y dichoselo al Visorey, que estaba hablando con Don Quijote de la Mancha. El Visorey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por Don Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con Don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo cuando Don Quijote volvia las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el Visorey, que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla.—El caballero de la Blanca Luna respondió, que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á Don Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafio, hechas por entrambas partes. Llegóse el Visorey á Don Antonio, y preguntóle paso, si sabia quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á Don Quijote.—Don Antonio le respondió que ni sabia quien era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tuvo perplejo al Visorey en si les dejaria ó no pasar adelante en la batalla, pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó, diciendo:—Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio, sino confesar ó morir, y el señor Don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios y dense. Agradeció el de la Blanca Luna con cortesés y discretas razones al Visorey la licencia que se les daba, y Don Quijote hizo lo mesmo, el cual encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su contrario hacia lo mesmo, y sin tocar trompeta, ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mesmo punto las riendas á sus caballos, y como era mas ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó, al parecer, de propósito, que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:—Vencidó sois, caballero, y aun muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafio. Don Quijote molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo:—Dulcinea del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien

que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra.—Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el Gran Don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorey y Don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimesmo que Don Quijote respondió, que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliría, como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al Visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey á Don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quien era. Levantaron á Don Quijote, descubriéronle el rostro y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro mal parado no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse, ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veia á su señor rendido y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrechero Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el Visorey, le llevaron á la ciudad, y el Visorey se volvió tambien á ella con deseo de saber quien fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á Don Quijote.



CAPÍTULO LXV.

Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos.

SIGUIÓ Don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él Don Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero á recibirle y á desarmarle: encerróse en una sala baja, y con él Don Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo:—Bien sé, señor, á lo que venis, que es á saber quién soy: y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el Bachiller Sanson Carrasco. Soy del mesmo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo, y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza, para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor: y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caida, que fué ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en